

EDITORIAL

OPULENCIA Y HAMBRUNAS

A punto de cerrar este número, en unos momentos en los que, por diversas circunstancias ya estábamos pensando en enfocar este comentario editorial a la alimentación de la humanidad —y no decimos "del hombre" porque ya se nos ha dicho últimamente hasta la saciedad que esto no es correcto (?)—, nos llega una noticia casualmente que incide en el tema: la retirada del mercado, en Estados Unidos, de 65.000 toneladas de carne de vacuno procedente de un matadero de California acusado de maltratar a los animales.

Aún sin cuestionar la legalidad de esta decisión de las autoridades sanitarias estadounidenses e incluso añadiendo que el maltrato a los animales que se ha aireado por televisión nos parece intolerable, queremos destacar la incongruencia de nuestra sociedad que, al mismo tiempo, se muestra indiferente ante las hambrunas de muchos países del llamado "tercer mundo" y/o el hecho de que una sexta parte de la población de nuestro planeta sobreviva con poco más de 1 € diario para comer.

Repasando la historia de la humanidad, sabemos que, a lo largo de la misma, han sido numerosas las situaciones de hambruna por las que se ha pasado, en diversas épocas y circunstancias, a consecuencia de guerras, malas cosechas, desastres naturales y/o climatológicos, etc. Incluso actualmente hemos sido testigos de tales situaciones y si bien ya no suceden dentro de nuestros límites geográficos, la pregunta que nos hacemos es hasta qué punto podemos permanecer indiferentes ante ello.

Recientemente, un comentarista gastronómico recordaba una expresión típica de nuestras abuelas —suponemos que de la post-guerra civil española—, la de "no te quedes con hambre, ponte más", añadiendo que ello provenía del recuerdo de viejas hambrunas. Ahora ya sabemos que, afortunadamente y al menos entre nosotros, la situación es bien diferente y hasta diríamos que totalmente contraria, por hallarnos en la sociedad de la opulencia en la que, por poner solo unos ejemplos, tenemos: a) la inminente celebración, en Barcelona, de la feria Alimentaria —con una amplísima gama de productos alimenticios, muchos de ellos de carácter ostentoso—; b) raro es el día en que no aparece en una televisión u otra uno de esos cocineros-vedette mostrándonos el último "invento" salido por sus fogones; c) no satisfechos con los alimentos "normales", muchos recurren a los "funcionales" o "enriquecidos" de mil formas para cubrir las que creen ser sus necesidades; d) la proporción de personas, y niños, padeciendo obesidad en los países desarrollados es mayor que nunca... y sigue creciendo.

En medio de esta situación, hasta cierto punto aberrante, tenemos el reto planteado el año pasado y del que ya nos hemos ocupado reiteradamente: el tremendo encarecimiento de la alimentación, como con-

secuencia de causas muy diversas —mayores demandas de alimentos por parte de economías emergentes, caída de los stocks de cereales, especulación, biocombustibles, etc.—, con el consiguiente efecto sobre el IPC, tanto a nivel nacional como en las economías del llamado "mundo occidental" y hasta, en los resultados de la consulta electoral que dentro de poco dirimirémos en España. Todo parece indicar, pues, que la "comida barata" toca a su fin y aunque no creamos que se llegue a la situación de algunos países del "tercer mundo" cuyos habitantes tienen que destinar los dos tercios de sus ingresos a una alimentación de supervivencia, lo más fácil es que de ahora en adelante sea irreversible el hecho de que el llenar la cesta de la compra en nuestros bien surtidos supermercados nos resulte mucho más oneroso.

¿Hasta qué punto todo ello es lógico o bien estamos siendo arrastrados a una espiral sin fin?. Esto es lo que no sabemos, por sernos difícil discernir entre "temor" y "obsesión" —en el caso de un Presidente de Estados Unidos, buscador de armas de destrucción masiva para justificar una invasión, y una apuesta por el etanol para sustituir a un petróleo cada vez más problemático—, o entre "justificación" y "especulación" —en la escalada del precio del pan, de los hoteles de Barcelona en coincidencia con una feria, etc.—. El problema es que nuestros recursos son limitados, no refiriéndonos sólo a los de nuestro país —que también lo son, tanto los agrícolas como los hídricos— sino a los de una humanidad que a mediados de este siglo habrá pasado de los 6.500 millones de habitantes de la actualidad a los 9.000 millones que se esperan para entonces.

Y si a todo ello añadimos las especulaciones en torno al cambio climático y al calentamiento de la tierra, se reconocerá que el panorama es bastante sombrío... Pues si ello nos permitiera pensar que, a nivel mundial, todo ello daría lugar a una más justa distribución de la riqueza y a que las amplias masas de población que hoy no tienen que comer sacien su hambre, tal vez nos podríamos dar por satisfechos, aunque lo más fácil es que ello no sea así.

Entretanto y, ya para finalizar, sólo recordar que, en lo concerniente al papel de nuestro sector, podemos tener la conciencia bien tranquila de que continua-

remos aportando a esa "desequilibrada" humanidad dos de las fuentes alimenticias más valiosas —y económicas— con las que ha contado jamás en su ya larga historia: el huevo y la carne de ave.

